

operante, aquí, el cálculo de una o varias correlaciones parciales; pero, para realizarlas, se necesitaría: 1o. tener una evaluación unívoca de la jerarquía ocupada por las diferentes naciones en términos de progreso (evaluación global), 2o. diseñar un índice de heterogeneidad lingüística que no sólo clasifique como homogénea o heterogénea a una nación según el número de idiomas que en ella se hablen, sino según número de sus hablantes (tomado como factor de ponderación) según el número de publicaciones, transmisiones, etc. que se hagan en cada uno de esos diversos idiomas y, 3o. correlacionar la evaluación (hecha por diversos jueces, debidamente controlada, etc.) con índices representativos de los diversos sectores sociales, parcializando esas correlaciones con respecto al factor económico.

Mientras eso llega a ser factible, pueden recogerse las siguientes observaciones de Fishman: 1a. que "las entidades políticas lingüísticamente homogéneas difieren de las heterogéneas en forma más notable que aquella en que se diferencian las que tienen productos nacionales brutos más altos de las que los tienen más bajos" y, 2a. que "la mayoría de las diferencias entre las entidades políticas lingüísticamente homogéneas y las heterogéneas se atenúan mucho, pero siguen siendo reconocibles, cuando se vigilan las interferencias del factor 'producto nacional bruto per cápita,'".

La última relación entre la lengua y la sociedad hace que Fishman considere: 1o. que una política multilingüe impone una política multicultural; 2o. que el mantenimiento de una lengua nacional y unas lenguas tribales o locales puede lograrse sin daño, si se respetan los límites adecuados de dominio de cada una; que esto último puede ayudar a evitar problemas de choque y de marginalización culturales y, 3o. que "la preservación de las len-

guas y costumbres tribales puede... ayudar a preservar la fábrica o estructura social mientras la sociedad en desarrollo se mueve hacia el industrialismo urbano moderno" (13). Cabe observar que, según otros estudiosos, la preservación del habla local (si no de la lengua tribal) y del folklore resulta ser un factor defensivo de la personalidad que, gracias a ellos, logra ser menos vulnerable a las psicosis y neurosis. (U-V)

Einar Haugen: *Language Conflict and Language Planning: The Case of Modern Norwegian*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts, 1966, XVI, 393 pp., 2 apéndices, bibliografía, 8 ilustraciones, índice, notas, 13 cuadros.

El conflicto lingüístico y la planeación lingüística no les resultan totalmente creíbles a los anglo-parlantes. Tal y como ellos lo ven, el inglés se desarrolló hasta alcanzar su singular posición de hoy como idioma mundial sin tener necesidad de una academia para planear el futuro o para congelar el pasado; el sistema de libre empresa en el que las palabras y las formas gramaticales luchan por ser aceptadas en la plaza del mercado, parece justificado por los acontecimientos. La legislación en materia de lengua sería desatendida o, lo que es peor, pudiera ser que fuera atendida, y que sus recomendaciones llevaran hacia atrás la dirección "natural" del progreso. Este último, en última instancia, se afirmarían; pero la autoridad lingüística le hubiera producido un retraso. La tendencia de los escritores y hablantes a hacerse entender es un mecanismo suficientemente selectivo de las formas lingüísticas. En un entorno que (en lo superficial) parecía no ser político, el inglés normal o corriente de hoy ganó su derecho de vía en contra de otros idiomas comu-

nes (como el francés), de tal modo que, hoy, un tailandés, en Zurich, ordena su desayuno en inglés. Se abrió camino, igualmente, en contra de los dialectos de coloración muy variada de la Inglaterra rural, que nunca tuvieron la oportunidad de confrontar el habla urbana oficial en un campo político de batalla.

La lucha de Noruega para alcanzar su propio idioma aún se daba en 1966, y es mucho más típica del mundo de hoy. La presentación que de ella hace el profesor Haugen será de interés no sólo para los anglo-parlantes que así podrán ver lo que perdieron, sino también para los países subdesarrollados de hoy, que están tratando de modelarse un idioma nacional (al tiempo que tratan de hacer algo semejante en lo que se refiere al aparato estatal). Como la mayoría de esos países, Noruega fue, durante siglos, una colonia. Cuando ganó su independencia de Dinamarca (gracias al *fiat* de los ganadores de las guerras napoleónicas) se quedó con una élite urbana teñida de cultura danesa, y una mayoría rural, rústica en su modo de hablar y de conducirse, pero indudablemente noruega. El proceso de descolonización se ha venido realizando durante siglo y medio, y la batalla aún no ha sido ganada. Y no hay quien sepa muy bien qué es lo que podrá constituir esa ganancia. Pero, hay estadios claros de norueguización, que pueden marcarse: así, por ejemplo, en 1924, la capital recuperó su nombre original de Oslo, después de tres siglos en que se llamó Cristianía (en honor del rey danés Cristian IV).

La lucha tiende a girar, ahora, en torno de las instrucciones dadas a los maestros en el sistema escolar nacional; de la edición de textos; de los exámenes de ingreso a las universidades. Para los países cuyo sistema público escolar es esencialmente local, y el núcleo de cuyas universidades es

privado —como Estados Unidos de América y la Comunidad Británica— el lenguaje, como el tiempo, está fuera del alcance del gobierno central y, por tanto, no puede ser un problema político nacional. Los profesores locales desean enseñar en forma tal que capacite a sus alumnos para que puedan competir en un mercado nacional de trabajo, y la influencia de la nación se limita a este impacto indirecto.

La tendencia de los profesores de escuela es hacia la eliminación de las formas optativas; ellos son los custodios de la "corrección" en la ortografía y en la gramática. Sucesivas comisiones lingüísticas noruegas avanzaron hasta la línea de fuego para decidir en favor del Riksmål (o habla urbana danonoruega), o en favor del Landsmål (habla rural), pero fueron alcanzadas igualmente por el fuego, en cuanto no pudieron decidirse por una u otra de las formas que compiten.

La indecisión permitió la entrada de las influencias extranjeras. Como los bienes locales, las palabras locales deben ser protegidas en contra de las incursiones de los extranjeros y sus aliados domésticos. Estos últimos siempre están en la mejor disposición de usar argumentos como el de la eficiencia y el incremento de las posibilidades de comunicación con el mundo exterior, con el fin de ocultar motivos de ventaja personal. Y, como otros rasgos del nacionalismo, el lenguaje tiene una jerarquía; en tanto que los noruegos estaban tratando de purificarse de la influencia danesa, en Copenhague se establecía una sociedad para librar al danés de las influencias alemanas.

H a u g e n proporciona numerosos ejemplos de cómo recurrir a los "hechos" no lleva a resolver los problemas de valor. Quienes apoyaban al Riksmål señalaron que sólo entre el 3 y el 12 por ciento (según la forma de hacer los recuentos) de los libros

publicados en Noruega estaban en el Landsmal. Pero, para los que apoyaban el Landsmal, esto sólo probaba que existía una conspiración de los editores, de los intereses mercantiles y de los ciudadanos, en general, para suprimir el idioma indígena. “La retención del dialecto y su uso (Landsmal), se ha convertido en una causa moral para muchos; en una arma en la pugna por lograr una identidad personal en contra de las poderosas influencias de la aculturación urbana.”

La materia no se ha resuelto aún; pero las noticias más recientes (de febrero de 1966), son en el sentido de que se han reunido las sociedades de autores contendientes por cada uno de esos idiomas. El que el progreso material y el régimen democrático noruego hayan sido compatibles con inhabilidad para decidir si “lengua” se ha de decir *Språk* o *Sprog* es algo que debe animar a aquellos países en desarrollo que están destinados a vivir, por mucho tiempo aún, en la incertidumbre lingüística.

Nathan Keyfitz
(Universidad de
Chicago).

Ceinwen H. Thomas: “The Welsh Language” Offprint from the *Journal of the Faculty of Arts*. Vol. III N° 2, 1966. Printed at the Malta University Press. 1966, pp. 73-101.

Ceinwen H. Thomas: es miembro del Departamento de Gales, del Colegio Universitario de Gales del Sur y Monmouthshire, el cual forma parte de la Universidad de Gales; es, además, un estuasiasta de su lengua y cultura galesas y un conocedor de realidades lingüísticas distintas —como las de Dinamarca— que le permiten hacer referencias externas al plantear los problemas sociolingüísticos de su país, y al buscarles solución en una perspectiva humana.

Gran Bretaña —podría pensarse— no tiene por qué tener problema sociolingüístico. Y, sin embargo, lo tiene, interno y muy serio. Los pueblos de cultura y lengua célticas corrieron, en el mundo, con poca suerte: ahogados —en esto— por la conquista romana de la Galia; arrinconados en Gales, en Escocia, en Irlanda, quedaron, por mucho tiempo —a diferencia de otros núcleos lingüísticos indoeuropeos— sin que hubiese un solo Estado en el que estuviesen representados. La independencia de Irlanda comenzó a transformar el panorama: es ella, en la actualidad, el único Estado de lengua céltica. Y su existencia misma —junto con la afirmación de su cultura— ha servido para resucitar, para revigorar, el sentimiento de estimación de los galeses por el idioma y la cultura propia, en Gales. Gran Bretaña —que hubo de enfrentar por tanto tiempo el problema irlandés— enfrenta ahora el de sus galeses, que no le escatiman lealtad, pero que —en el regateo que se les hace en lo lingüístico y lo cultural— no dudan en hablar de “imperialismo inglés”.

Para el observador de fuera, esta recuperación autoconsciente de los pueblos de habla céltica, abre su pupila para lo que probablemente sea desarrollo futuro: la toma de conciencia cultural de los bretones de Francia, que no son reliquia gala sino brote galés en la dura y hermosa península armoricana.

Corkery —un irlandés— señaló que las lenguas no mueren de muerte natural; que “las asesinan quienes matan el alma de la nación”, y Ceinwen Thomas no duda en considerar que los problemas lingüísticos son a manera de enfermedades sociales cuyo portador —agrega— es el imperialismo. El galés parece amenazado de muerte (de un 90% de galeses que lo hablaban en el xix, sólo un 30% lo habla en el xx), y si —de primer intento— el